



**35-37** Se acercan a él Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, y le dicen: «Maestro, queremos, nos concedas lo que te pidamos.» El les dijo: «¿Qué queréis que os conceda?» Ellos le respondieron: «Concedenos que nos sentemos en tu gloria, uno a tu derecha y otro a tu izquierda.»

Los discípulos también son esclavos de la ideología que impone el poder. A pocas horas de Jerusalén, Santiago y Juan, “los Truenos” (es decir, los autoritarios, 3,17) dos de los tres más íntimos, caen en la más burda de las tentaciones. Buscan el poder, siguen pensando que Jesús ha de reinar gloriosamente como Mesías y ambicionan los puestos mejores y se adelantan en sus pretensiones a los otros diez, que buscan lo mismo (como se ve por su reacción). Cuando Mateo pocos años más tarde relate la misma anécdota le quitará “piadosamente” mordiente haciendo que sea la madre de los Zebedeos, quien,

preocupada por el buen futuro para sus hijos, cometa la estupidez de funcionar con recomendaciones.

**Santiago y Juan** son presentados en el evangelio de Marcos también en situaciones importantes de la vida de Jesús: en la Transfiguración y en la agonía. **Pedro** es nombrado junto a estos dos hermanos, pero aquí no aparece pidiendo los puestos más importantes.

Como vemos una vez más los discípulos, titubeantes en el seguimiento, persisten en la orientación terrena de sus esperanzas y en sus sueños de grandeza humana. Nada parece haber conseguido Jesús con sus acciones y enseñanzas. **Incomprensión y rechazo.**

**38-40** Jesús les dijo: «No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber la copa que yo voy a beber, o ser bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado?»

Ellos le dijeron: «Sí, podemos.» Jesús les dijo: «La copa que yo voy a beber, sí la beberéis y también seréis bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado; pero, sentarse a mi derecha o a mi izquierda no es cosa mía el concederlo, sino que es para quienes está preparado.»

Las condiciones para sentarse junto a él en la gloria quedan expresadas con las imágenes del cáliz y el bautismo. Son dos imágenes que evocan la amargura del sufrimiento, la participación e inmersión en la pasión y muerte de Jesús. Este es el camino de la gloria. Los hijos del Zebedeo se sienten con fuerzas para recorrerlo. No reciben, sin embargo, la garantía de ocupar los puestos ambicionados. La razón está en que el seguimiento de Jesús no puede ser

interpretado como medio para obtener una recompensa prefijada. No se alcanza por méritos.

La tradición que recibe Marcos sabe que Santiago, al menos, ya ha derramado su sangre por el evangelio. Incluso algunos especialistas piensan que es probable que esta perícopa haya tenido un origen “pre-marcano” ante la muerte de Santiago (Obispo de Jerusalén), lo que pudo haber generado un sentimiento de ambición de poder en algunos miembros de su comunidad al querer ocupar su lugar.

**41-45** Al oír esto los otros diez, empezaron a indignarse contra Santiago y Juan. Jesús, llamándoles, les dice: «Sabéis que los que son tenidos como jefes de las naciones, las dominan como señores absolutos y sus grandes las oprimen con su poder. Pero no ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será esclavo de todos, que tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos.»

Los otros diez se colocan a la misma altura de sus dos compañeros. Idéntico afán de poder, ahora mezclado, tal vez, con envidia por no haber tenido ellos antes una idea tan brillante. En esta segunda parte, orientada a corregir la ambición de los otros diez discípulos, hará un duro análisis de lo “normal” del abuso político sobre el pueblo y asienta las bases del comportamiento del Reino: el poder ha de ser capacidad de servicio.

Ya anteriormente Marcos (9,37) ha tocado el tema de **la autoridad y el servicio**, cuando los Doce

discutían por el camino quien era el mayor de entre ellos. Les dice entonces que quien quiera ser el primero que sea el último. Y para reafirmar lo dicho, cogió a un niño y lo puso en medio y abrazándolo les dice: *el que acoge a un niño a mi me acoge...* No dice que hay que hacerse como un niño, sino que hay que acoger a un niño. Es decir, el que quiera ser el más importante que **se ponga al servicio del más débil**, que lo abrace, que lo acoja. Esa es la autoridad de la que yo hablo, viene a decir el Señor.

**«Concedenos que nos sentemos en tu gloria, uno a tu derecha y otro a tu izquierda.»**

La forma cómo Santiago y Juan se dirigen a Jesús revela cierta exigencia. Pedro, en esta ocasión no aparece. **Pedro se opone**, nos comenta Juan Mateos (*Los Doce*, 237) más radicalmente que los dos hermanos al

programa de Jesús. Desea el triunfo terreno de Jesús y de Israel, pensando que ese es el modo cómo han de cumplirse las promesas. Por eso no acepta la muerte, considerada por él como un fracaso, ni para Jesús ni para sus seguidores. Como todos, es nacionalista, pero más que su gloria personal, busca la de Jesús y la de su pueblo.

**HOY también** estamos todos reflejados en esta postura de los discípulos. Mantenemos una sociedad que ansía los primeros puestos, estar al lado de los que tienen poder, incluso buscando influencias para obtener parcelas de poder.

**El poder**, -ya lo dijimos- que es dominio basado en el temor (**violencia**), en la ambición (**recompensa**) o en la credulidad y falta de espíritu crítico (**persuasión**), impone la sumisión; mantiene o aumenta la desigualdad entre el poderoso y los súbditos.

Otra cosa es la **autoridad** que es el servicio basado en la competencia personal (carisma) y lleva a la maduración de los otros haciendo disminuir la desigualdad.

Entre cristianos el poder ha de ser sustituido por otros valores: **la igualdad y el servicio**. Y la autoridad la tiene el que más sirve, el más dispuesto y generoso, el más comprometido sobre todo con los pequeños, los pobres y excluidos.

El mensaje es claro para todos. La iglesia tiene que **eliminar de su interior todo rastro de poder, de dominio**, todo lo que pueda parecerse, aunque sea de lejos, a la relación de amo-esclavo, de jefe-súbdito. El respeto a los derechos humanos en su interior, la igualdad de todos sus miembros -incluidas las mujeres- aunque los carismas sean distintos, hay que hacerlo todavía realidad.

Hoy más que nunca necesitamos líderes al servicio del pueblo, que es el único modo de ejercer el poder con dignidad; políticos o eclesíasticos que se coloquen en la cola de la sociedad para empujar a los pobres hacia arriba. Porque en política y en religión y en la vida, **sólo manda con autoridad quien sirve** a los demás sin condiciones.

- *¿Qué me sugiere el evangelio en mi vida familiar, en el grupo, en el trabajo?*
- *¿Mi servicio es gratuito, alegre?*
- *¿Busco influencias? ¿En qué, cuando?*

## ***El Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir***

Después de hacer el análisis de la realidad: *sabéis que los que son tenidos como jefes de las naciones...* Nos da una recomendación: No ha de ser así entre vosotros.

Bien que nos lo dejó dicho y buen ejemplo que nos dio con su vida. Y la escena que hemos leído de los dos hermanos es tan actual... **Porque no piensan en seguirle sino en sentarse en los primeros puestos**. Jesús ofrece la alternativa para que la sociedad avance por caminos nuevos: el servicio.

Jesús es nuestro modelo y guía. No gobierna, no impone, no domina ni controla. No ambiciona ningún poder. No se arroga títulos honoríficos. No busca su propio interés. **Lo suyo es «servir» y «dar la vida»**. Por eso es el primero y más grande.

Necesitamos en la Iglesia cristianos, dispuestos a gastar su vida por el proyecto de Jesús, no por otros intereses. Creyentes sin ambiciones personales, que trabajen de manera callada por un mundo más humano y una iglesia más evangélica.

**Una Iglesia servidora y pobre, samaritana y fraterna** ¿Es posible? Creo que es posible siempre y cuando seamos capaces de estrenar, desde "nuestro pequeño mundo", el evangelio. Siempre y cuando la institución no marque sus reglas ni acalle al Espíritu.

Gracias a Dios que en esta tarea nuestro querido **Papa Francisco** está empeñado a tope. Su testimonio de vida austera, su cercanía a los más pobres y sencillos, su intensa vida de oración, sus gestos proféticos, su valentía en denunciar tantos abusos y alumbrar caminos nuevos. Tenemos que apoyarle ante tantos detractores que ya aparecen. Ahora mismo tiene varios frentes abiertos.

**Afortunadamente conocemos a muchos hermanos** que están poniendo en práctica el servicio, la ayuda a los más excluidos y el compartir bienes materiales y espirituales (tiempo, escucha, alegría, acogida amable). Están en los comedores sociales, de voluntarios en Caritas, en economatos de bajo coste, en los centros de acogida a emigrantes y desplazados, en los hospitales y cárceles, en las visitas familiares, en centros de rehabilitación de drogodependientes etc. Son los mejores testigos del evangelio. Son los "grandes" de entre nosotros, por su bondad, capacidad de acogida, ternura y compasión hacia el necesitado. **Son los que tienen verdadera autoridad**.

De nosotros depende, bien es cierto, el hacer **crecer la iglesia "pueblo de Dios"**, donde todo hermano sea considerado válido y necesario, donde el único señor sea Jesucristo, y los más pobres y excluidos tengan un sitio preferencial.

- *¿Cómo hacer desde nuestro entorno (familiar, vecinal, parroquial) una iglesia servidora y fraterna, sencilla y acogedora, dialogante y creativa, alegre y fiel al Señor Jesús?*